

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 27

ASTUCIA RURAL

15 cts.



... aprisionándolo la muñeca...

ASTUCIA RURAL

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cines», Vía Layetana, 53.- Barcelona)

I

No le parece a usted, amigo Wells, que es necesario encontrar un pronto y eficaz remedio a lo que sucede?

—Indudablemente, pero, ¿dónde hallar ese remedio? ¿En qué habrá de consistir?

Conversaban de esta manera los dos granjeros o rancheros más ricos de la comarca, honrados, alabados y ensalzados en cien millas a la redonda por su actividad, su rectitud y su hombría de bien.

Y aludían con sus palabras a los continuos robos de ganado de que ya uno u otro de los hacendados eran víctimas con una frecuencia alarmante.

Sospechábanse que quienes se dedicaban con tanto ardor como impunidad a la profesión de cuatrecos, tenían su guarida en las montañas llamadas Big Sinks, que limitaban la región por aquella parte, y que eran poco menos que inaccesibles.

Encogiéndose de hombros el ranche-ro Muller, hombre de carácter tan enérgico como severo, y respondió:

—¿El remedio? ¡Yo sé uno que surtiría inmediato y saludable efecto! Pero para aplicarlo sería menester que cayesen en mi poder dos

o tres malhechores. Entonces, yo me haría la justicia adecuada, ahorcándolos de un árbol.

«Ese castigo serviría de lección, aviso y escarmiento de cuantos nos van despojando de nuestros bienes, adquiridos de una manera tan honrada y laboriosa...

—¡Creo lo mismo que usted!— corroboró Wells—. Mas todos nuestros afanes y fatigas para dar caza a esos miserables han resultado infructuosos hasta hoy, y temo que, en lo sucesivo, tengan igual eficacia.

«¿Si supiéramos, por lo menos, dónde se refugian esos malsines?

—¡Lo sabemos! ¡En las gigantes-cas montañas que vemos desde aquí! ¡Allá! —aseguró Muller extendiendo su fuerte brazo hacia la cadena de montes que ya hemos mencionado.

—Será verdad; pero es lo cierto que nunca se ha descubierto el rastro de esa pandilla de granujas de una manera evidente.

—¡Al llegar a las faldas de esas montañas se ha perdido siempre el rastro de los bandoleros!... Pero, ¿quién puede dudar de que en aquellas ingentes rocas tienen su guarida?

—¡En tal caso, se me ocurre una idea!

—¿Cuál?

—La siguiente: llamar en nuestra ayuda a la policía rural...

—¡Bah! — interrumpió Wells—. El remedio sería peor que la enfermedad! No hay guardas rurales contra la ralea de bribones que tanto mal nos hacen...

—Pero si nuestros muchachos que son, por lo general, tan bravos como leones, no logran descubrir a esa pandilla de diablos, no obstante buscarlos con infatigable ardor! Y lo que no consiguen esos rudos y ardientes hijos del Oeste, ¿espera usted que lo alcancen los perseguidos, ladinos y poltrones guardas rurales de que podemos disponer?

—¡Nada costaría probarlo! — repuso Muller.

—¡No quiero desochar su idea! declaró Wells—. Y desde este momento cuenta usted con mi apoyo moral y material... Cualquier sacrificio me parecerá insignificante con tal de limpiar esta hermosa y rica comarca de los aventureros y desalmados que la infestan.

—¡Porque, verdaderamente, así no se puede vivir!

En aquel momento entró en el aposento donde tenía lugar este diálogo una preciosa joven de unos veinte años, y acercándose al ranchero Wells, su progenitor, le dijo que la mesa estaba preparada.

—¿Se queda usted a comer con nosotros, verdad, amigo Muller?

—¡Naturalmente! — dijo la hermosa muchacha.

—Mientras tanto — anunció Wells — discutiremos y convendremos cuándo hemos de llamar a la policía rural.

—Lo advierto a usted que tal vez nos arrepintamos algún día de ha-

ber hecho intervenir en nuestros asuntos a esos poltrones y corrompidos auxiliares de la justicia...

—No me explico yo el odio que siente usted hacia unos hombres que, con frecuencia, arriesgan el pellejo luchando y persiguiendo a los amigos de lo ajeno...

—¡Bah! — Eso que dice usted suele ocurrir pocas veces! Lo corriente es que cuando las cosas van dadas, los torpes sabuesos de la policía rural escurran el bullo, y si una pandilla de forajidos ha invadido, por ejemplo, mi rancho, la policía acostumbra a presentarse en el de usted, es decir, a muchas millas de distancia...

—Y, así, hacen como que hacen! ¿Comprende usted?

No dejaron de producir estas palabras un profundo efecto en el honrado y leal ánimo del ranchero Wells.

Y le extrañaba la animadversión que su vecino propietario mostraba hacia los sencillos, valerosos y abnegados hombres que ejercían el cargo de policías o guardas rurales, tanto más cuanto que la sospecha de que aquél acaso tenía un secreto motivo para temerles, cruzó por su mente como una saeta...

Al reiterado ruego de su hija, invitándole a ir al comedor, los dos rancheros interrumpieron su conversación.

Peró al cruzar por el porche, vieron acercarse a un hombre que, en aquel ambiente tan sencillo como rudo, iba vestido con el atildamiento peculiar de un petimetre...

—¿Qué noticias trae el amigo Taylor Beal?

—Ninguna, señores!

—Entonces, supongo que, a falta de noticias, traerá usted un ex-

celente apetito y nos acompañará a comer...

—¡Imposible! ¡He comido ya, y comido opíparamente!

—¿Sabe usted lo que necesita ahora?—preguntó Muller con cierta ironía.

—No, por cierto.

—Pues darse un buen paseo a

caballo y con el afán de descubrir a los ladrones de ganado...

—Sólo el infierno, y también Dios, por supuesto, sabe dónde se esconden esos infames. En cierta ocasión empleé dos días en perseguirlos inútilmente, y malitas las ganas que tengo de repetir la prueba...

II

Mientras tenía lugar esta conversación en el rancho de Wells, a unas pocas millas de distancia, detenía su cabalgadura un hombre joven y de arrogante prestancia que vestía el severo uniforme de policía rural.

Llamábase Dale Monroe, y cuantos le conocían apreciábanlo por su carácter serio y respetuoso, y admirábanlo por su bravura indomable...

Cuando lo encontramos en un abrupto sendero que, al través de una vasta extensión en la que crecía una raquítica vegetación silvestre, llegaba al pie de las encadenadas montañas de Big Sinks, con una audacia y un arrojo propios de un héroe, estaba llevando a cabo, precisamente, la arriesgada empresa de perseguir a un tropel de jinetes que galopaban delante y que de vez en cuando volvían la cabeza disparando sus revólvers.

Monroe advirtió que algo anormal le ocurría a su caballo, un magnífico animal de fuertes, finos y veloces ramos y dotado de una inteligencia impropia de un bruto de su especie, pues de repente disminuyó su frenético galopar, y oclian-

do pie a tierra, comprobó en seguida la causa de aquel incidente.

El soberbio corcel había perdido una de las herraduras de sus patas delanteras, quedando con el casco desnudo e imposibilitado, por consiguiente, de secundar los anhelos de su dueño.

De improviso se oyeron varias detonaciones y una bala pasó silbando junto a la cabeza del intrépido policía rural, atravesándole el sombrero.

Sin inmutarse lo más mínimo, Monroe murmuró sonriendo:

—¡Bribones! ¡Me habéis estropeado el sombrero que hace tan sólo ocho días me costó cuatro dólares!... El infierno ha acudido en vuestra ayuda, encargando a uno de sus diablos robarle una herradura a mi caballo.

«De lo contrario, alguno de vosotros habría sido alcanzado por una *gildora* de mi certero revólver y luego con el lazo hubiese cazado a otro malain...

«¡Ah! ¡Qué enojoso percance!... La suerte no ha querido mostrármeme tan propicia como yo confiaba y esperaba en esta ocasión. ¡Pa-



*Acarició al noble e inteligente
perro...*

ciencia! ¡Poco ha de valer yo, y poco he de vivir, si no triunfo de vosotros del modo más completo y definitivo!

Pronunciadas estas palabras dirigió la vista hacia los fugitivos, que ya no eran, en la lejanía, más que unas confusas bullos oscuros, y luego, palmoteando el cuello de su

caballo, que comenzó a relinchar de alegría, exclamó:

— ¡Tenemos que regresar a casa, querido Montecristo! ¡Por esta vez el destino se ha opuesto a que yo, capturando a esa pandilla de ladrones, alcanzase la recompensa y el ascenso que mi capitán me tiene ofrecidos!

« ¡Y difícilmente se presentará otra ocasión tan buena como ésta! ¿Qué hacer ahora? El rancho de Wells es el más cercano y hacia él encaminaremos nuestros pasos...

« ¡En marcha, pues!

Subió de un salto sobre el lomo del caballo, lanzó luego un silbido, llamando a otro compañero, un perro de raza perdiguera, que, saliendo de entre unas malezas, acudió corriendo y ladrando, y, conforme había dicho, tomó el camino que llevaba a la mencionada finca, que se divisaba en el lejano horizonte.

III

Al llegar aquí, su perro *Bullet*, que tenía a toda costa de zator una tierra férrea, divisó un magnífico ejemplar de felino cerca del porche, y lanzándose hacia él como una flecha, lo persiguió un brecho.

Pero el minino logró salvar su cuerpo de los potentes y afilados colmillos de su enemigo subiéndose a un árbol.

Dos personas habían visto la escena referida. Marta Wells y el atildado y empalagoso Taykor Beal. Aquella, viendo en tan inminente peligro a su predilecto morrongo, lanzó un grito de temor, e interrumpi-

piendo la insípida conversación con el fatuo pisaverde, acudió en su auxilio.

Pero su admirador tomóle la delantera y acercándose al recién llegado, preguntóle:

— ¿Es de usted este perro?

Monroe hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

— ¡Entonces suba usted a ese árbol y coja al gato refugiado en esa rama... ¿Lo ve usted? Su perro tiene la culpa de que esté ahí encaramado...

— ¿Conque usted me manda subir al árbol?

—¡Sí, yo!—declaró con grotesca jactancia Beal—. ¡Obedéscame!

—¿Que le obedezca?

—¡Sí, en seguida!

—¿Se ha fijado usted bien en mi persona?

—Claro que sí... Es usted un policía rural.

—¿Y también en usted mismo se ha fijado bien?

Irritado y fanfarrón chilló el necio Beal...

—Déjese usted a un lado las impertinencias y haga lo que le mando!

Relampaguearon de cólera los ojos de Monroe y con acento despreciativo declaró:

—Si no fuese usted tan poquita cosa, tan insignificante, yo castigaría... en silencio de un modo que no olvidaría usted jamás...

—Es usted un...—añtó Beal, enfurecido a la idea de verse tratado con tan rotundo menosprecio en presencia de la hermosa Marta.

Pero no pudo terminar la frase, porque la mano de Monroe, apoyando en su hombro, le obligó a dar una vuelta instantánea, como si fuese un pelele...

—Le aconsejo que no me irrita usted con sus necios desplantes y no me obligue a demostrarle la fuerza de mis puños...

Entonces intervino Marta, suplicando que le cogiese el policía el asustado minino que maullaba en su refugio lastimeramente.

—¡Silencio y quieto, oh, *Bullec*!

El perro se agazapó con el hocico en el suelo y meneando el rabo a los pies de su amo, y éste llamó seguidamente:

—Aquí, *Montecristo*.

El noble bruto obedeció.

Monroe saltó sobre la silla y de pie en ésta, alargó el brazo, apode-

rándose del felino, que unos segundos después se hallaba en las manos de su bellissima dueña...

—Gracias, gracias, señor...

—Monroe...

En aquel momento se acercaban Wells y Muller. Este no pudo evitar un gesto de disgusto al ver la poderosa y arrogante figura del policía rural. En cambio, el padre de Marta se alegró sinceramente, exclamando:

—¡Viene usted como pedrada en ojo de holicario! Precisamente deseaba hablar con usted o con el jefe de ustedes!...

—Lo que yo hago y dispongo—dijo Monroe con sencillez—, cuenta siempre con la aprobación de mis superiores. ¿En qué puedo servirle?

—Es necesario, señor...

—Monroe, Dale Monroe... para servirle...

—Pues bien, amigo Monroe—añadió el ranchero Wells—, es preciso poner fin al robo de ganado de que somos víctimas de algún tiempo a ésta todos los hacendados de la comarca...

—En esto, precisamente, cifro yo todos mis anhelos.

—¿Lo conseguirá usted?

—Indudablemente.

—¿Cuánto tiempo requerirá llevar a cabo esa empresa tan bienhechora?

—No creo que transcurra un mes sin que la pandilla de infames cuatros que se ha establecido en estos parajes, caiga en poder de la justicia...

—¡Amigo Wells!—llamó entonces la voz del ranchero, que parecía examinar con atención un plan-
tío hortelano.

El padre de Marta, dejando a su interlocutor reunidos con aquel ha-

condado, quien le deslizó unas cuantas palabras al oído.

Debieron ser esas palabras tan graves como inesperadas, pues el ranchero Wells retrocedió un paso, exclamando:

—¡Imposible!

—¡Bah! ¡En este mundo—afirmó Muller—no existe nada imposible! ¡Acaso no hemos conocido algún *sherif* cómplice y encubridor de una banda de forajidos?

—Cierto es...

—¿Qué tendría, pues, de extraño que ese policía no lo sea más que de nombre? ¡A veces el lobo se pone la piel del cordero!... Ya hablaremos... Disimule usted y acabe de ponerse de acuerdo con ese pajarro...

Cuando el hacendado Wells se disponía a reanudar su conversación con Monroe, vió acercarse a un hombre joven y de fornido aspecto, que sacó un revolver en mano preguntó:

—¿Hay trabajo para un hombre honrado y laborioso?

Dale Monroe murmuró al oído de Wells:

—¡Alquile usted a ese hombre... pues me interesa mucho vigilarlo bien!

Esto diciendo se alejó unos pasos.

El progenitor de Marta, al fijarse bien en las facciones del solicitante, no pudo evitar un gesto de sorpresa... Sus facciones tenían un notable parecido con las del policía rural, y esta circunstancia aumentó los recelos y las sospechas que las palabras de Muller habían sembrado en su espíritu...

—Alquilaré sus servicios por un mes—respondió—, y si me place su conducta, pasado ese plazo, ya hablaremos.

—¡Eh, Squinty!

Un hombre de recia complexión que se hallaba algo separado, acercóse al dueño del rancho...

—¿Qué ocurre?

—¡Recluta este hombre en el trabajo que más te convenga! Le ha admitido para un mes... Pero te recomiendo que no te fies de él demasiado y lo vigiles...

«Se parece mucho al policía Monroe... Fíjate bien... Es muy extraño que la casualidad haya traído en un mismo día, casi a la misma hora, a estos dos hombres a mi casa...

«En fin, te advierto que el más peligroso de los dos me parece el policía... Por consiguiente, no lo pierdas de vista un solo segundo, y apenas recelos que corren algún peligro mis intereses... avísame...

IV

Aquella misma tarde el policía Monroe y el nuevo trabajador se hallaban solos en un bosquecillo situado a una media milla del edificio del rancho...

—Todo ha salido a pedir de boca, mejor que lo hubiéramos podido desear... Nadie sospecha que somos hermanos y que tú también perteneces a la policía rural... Y en pro-

ciso continuar aparentando que ni siquiera nos conocemos. ¿Comprendes?

Estas palabras salieron de los labios de Dale Monroe, siendo acogidas por su hermano con glacial indiferencia.

— ¡No acierto a explicarte qué ventajas y provecho puedes conseguir con tanto misterio y fingimiento! ¿Para qué ocultarle al rancheiro Wells que somos hermanos y pertenecemos a la policía?

— ¡Sería muy largo el contestar cumplidamente a estas preguntas, querido John! Limitate a secundar mis deseos obedeciéndome ciegamente, representando el papel que te he asignado...

ASTUCIA RURAL



... su entrada en aquel recinto produjo expectación...

Magnífica interpretación del intrépido caballista

Leo Maloney
y la bellísima **Josefina Hill**



... el perro sostenía graciosamente el sombrero...

« ¡Quizás todo se descubra y se la vea más pronto de lo que imagino!

« ¡Díantre! ¿Cómo ladra mi bravo Buller! ¿Qué habrá olfateado? Hola! ¡Aquí!

El can acudió corriendo; pero luego se enderezó y poniendo las extremidades anteriores sobre su amo, se alejó corriendo y sin cesar de ladrar, como si le invitara a seguirle.

Los dos hermanos echaron a correr tras él y apenas salieron del bosquecillo distinguieron a lo lejos un hombre que acababa de montar a caballo y se alejaba al galope.

— ¡Apoyaría las orejas a que ese sujeto es un granuja que nos está...



... sustentaba acogida en sus brazos fuertes a la preciosa joen...



... se encontraban atados, espalda contra espalda...

ha espionado! Es preciso averiguar adónde va...

«¡Pronto, John! ¡A caballo! El señor Wells ha salido del rancho hace un par de horas y no sé dónde ha ido... Tal vez se encuentra en un peligro más grave del que

yo creía le amenazaba hasta ahora.

—¿Quién puede amenazarlo?

—¿Quién?

—Sí. ¿De qué parte barruntas tú el peligro?

—¿De parte de Taylor Beal, de Muller y de sus cómplices?

V

Las suposiciones del astuto y sagaz policía rural no podían ser más ciertas.

Al padre de María le habían tendido una emboscada en la cual iba a perder la vida y la fortuna si Dale Monroe no llegaba a tiempo de salvarle.

En qué consistía aquella emboscada. Sencillamente en acusarlo de robar ganado y ejecutarlo en seguida colgándolo de un árbol sin dar tiempo a que en el asunto interviniese la justicia.

Merced a esta infernal trama, urdida por el miserable Beal y el siniestro Muller, los bienes del desgraciado y digno ranchero se los repartirían ellos, en concepto de indemnización por los robos de que,

falsamente, declararían haber sido víctimas durante varios años.

Porque en ciertas regiones del Oeste existe una especie de privilegio, una suerte de fuero que la ley no ha anulado... De ese fuero están muy orgullosos los *cow-boys* y lo ejercitan de una manera tan cruel como inexorable, y consiste en condenar a una muerte rápida a todo ladrón de ganado convicto y confeso de tal delito.

Bien ajeno al abismo a que se acercaba el desdichado progenitor de María, acudió al lugar donde lo habían citado la odiosa pareja formada por Muller y Beal.

Contaban éstos con la ayuda de unos cuantos malvados de su ralea, dispuestos a declarar lo que a ellos les conviniese.

VI

El hombre que los dos hermanos divisaran a lo lejos era esperado en un paraje solitario y aislado por Muller y Beal...

—¿Qué noticias traes? — le preguntaron éstos, a los que acompa-

ñaban tres individuos vestidos a la usanza de los *cow-boys*, pero que eran en realidad malsines y aventureros de la peor ralea, habituados a cometer toda clase de infamias.

—¡Inmejorables! ¡El bobo Wells

ha caído en la ratonera y no tardará en llegar aquí!

—Entonces podemos dar por descontado el triunfo sin que nos lo pueda frustrar ningún poder humano ni divino... ¡Soberbio golpe, querido Beal!

Sonrió éste perversamente y dijo:

—¡Y además, sabrosa venganza! Porque cuando se vea deshonrada y pobre la orgullosa y guapa Marta... lamentará haberme despreciado... ¡Ah!

—¡Ya se acerca nuestro hombre! En efecto.

Finete en su caballo predilecto, confiado y tranquilo porque su conciencia sin mancha no podía temer peligro alguno, acababa de aparecer en el pequeño valle que formaban dos lomas...

Pero la infernal alegría de aquellos malhechores duró menos tiempo del que empleamos en referirlo.

La llegada de dos personajes en cuya presencia no pensaban ni remotamente, o sea de los hermanos Monroe, les hizo proferir sordas imprecaciones y horribles blasfemias.

—¡Mil rayos!—aulló Muller requiriendo el rifle.

—¿Qué vas a hacer?

—¿No lo ves? ¡Tirar patas arriba a uno de esos intrusos!

—¡Alto, compadre! ¡No hagas tal! ¡Acaso quieres ganarle el presidio para toda la vida?...

—¡No supongas tan necia idea!

En el mismo instante en que el ranchero Wells volvía la cabeza y detenía su caballo, al oírse llamado por la sonora voz del policía rural, oyóse una detonación y viole caer del caballo y quedar exánime en el suelo.

John Monroe hayó como alma que lleva el diablo.

—¿Qué has hecho, insensato?—inquirió Beal.

Sonrió siniestramente Muller y repuso:

—¡Ahora lo sabrás! No he sido yo, sino Wells el asesino... ¡Comprendéis? ¡Seguidme!

Escortado por sus cómplices, el execrable malhechor corrió como un gamo en dirección de su víctima.

—¿Por qué ha asesinado usted a ese hombre, Wells?—le increpó con voz furiosa.

—¡Eh! ¿Qué dice usted?—balbuceó el padre de Marta pálido de asombro y de cólera.

—¡Bah! ¡Es inútil que niegue! Todos hemos visto cómo apuntaba usted su rifle contra ese desgraciado y hacía fuego.

—¡Miserables!—aulló el inocente— ¡Ningún tribunal de la tierra creará vuestras calumniosas declaraciones...

—¡Cierto así!—corroboró Muller con sarcasmo—. Ningún tribunal creará vuestras palabras, porque no acudiréis a tribunal alguno... Ya sabe usted de qué modo se hace justicia contra los asesinos y ladrones de ganado en esta comarca.

En vano rugió, amenazó y quiso defenderse el desdichado ranchero... Sus enemigos se le echaron encima, desarmándolo y luego de maniatarlo, leváronsele a viva fuerza al rancho de Beal...

Sin embargo, en el lugar donde todos creían se había desarrollado una fulminante tragedia y dejaban un hombre sin vida, apenas desaparecieron todos, viose al sumo cadáver primero incorporar el busto y luego ponerse en pie sonriendo.

—¿Qué magnífica rodada de cañas y gallofos voy a coger!—murmuró.

Porque todo obedecía a un plan combinado por su indomable astucia de policía.

Cuando vió el grupo de malines reunido en un sitio tan sospechoso y además como le apuntaba Muller, dijo a su hermano:

— ¡En cuanto me veas caer como atravesado por un balazo, no te asustes y lírgate a avisar al *sherif*, que hallará en el rancho!

John cumplió, como ya dijimos, al pie de la letra esa orden de su hermano...

Media hora después la primera autoridad de la comarca y su subordinado se presentaban en la finca de Beal.

Reinaba en ésta una algarabía que aumentó aún la inesperada llegada del *sherif*.

— ¿A quién busca usted, Harley? — le preguntó con voz insegura Beal, cuya embaucadora fisonomía había palidecido...

— ¡Al señor Harry Wells!

— ¡Ah! Pero sabe usted ya...

— La justicia, Tayker Beal — interrumpió el *sherif* sonriendo de una manera, harto significativa —, tiene en ocasiones ojos de lince, ojos de cóndor y ve muchas cosas por distancia que éste de élla.

— ¡Lléveme usted, pues, a presencia de Harry Wells!

— ¿Sabe usted lo que ha hecho ese malvado?

— ¡Lo sabré cuando me lo digan sus labios!

— Sus labios, *sherif*, no le dirán la verdad. Por ellos nada sabría usted. Van a ser los míos quienes lo enlacen del crimen que ha co-

metido el infame Wells y por el cual le he detenido...

— ¿Usted... usted ha detenido a Wells?

— Sí.

— ¿Con qué autoridad? ¿Quién es usted para detener a nadie?

No huya usted, *sherif*, una ignorancia o un olvido que no están en su cerebro. Demasiado sabe usted que los naturales de esta comarca en determinadas circunstancias pueden detener a un malhechor, condenarlo a muerte y ejecutar esa sentencia.

« ¡En este caso se halla Wells! Le sorprendimos en flagrante delito de homicidio, tenemos, además, abrumadoras pruebas de que es un ladrón de ganado... y usted ya sabe lo que se hace en esta comarca con los criminales de esa jaca...

— ¡Cuando la autoridad comparte esa certeza, permítele y tolera que los naturales de este país, tomándose la justicia por su mano, ahorquen a un culpable!

« Pero yo he venido aquí con el firme propósito de evitar esa atrocidad. ¿El señor Wells asesino? Bah! ¡Eso es imposible! ¿El señor Wells ladrón de ganado? Bah! ¡Eso es completamente imposible!

« No habremos, pues, inútilmente, Beal, y obedézcame! ¡En nombre de la ley, yo exijo la inmediata entrega del prisionero! ¡Y ay de usted y de cuantos se atreven a no someterse a mi voluntad!

A estas palabras siguió un corto silencio.

El redomado tuno, el odioso Beal reflexionó unos momentos y, por fin, faltándole valor para arrostrar las consecuencias de un desacato a la autoridad, accedió.

VII

Un cuarto de hora después Wells salía del rancho de Beal, protegido y acompañado por el *sherif* y John Monroe.

Estaba el infeliz hondamente afectado, y como siempre que los mortales se ven separados del sosiego y el bienestar con brusquedad y hundidos en la desdicha, dudaba de si era o no realidad lo que le ocurría.

Su honrada y noble naturaleza experimentó una sensación de alivio al verse libertado de sus perversos calumniadores, de cuales si- niestas intenciones no dudaba.

Pero, ¿por qué le acusaban de un modo tan feroz y vil? Esta pregunta ardia incesantemente a su espíritu, sin que lograra dar con una respuesta acertada...

Su honradez le impedía adivinar la infamia que tramaban sus enemigos. Pero de esta infamia ya estaba convencido por completo el sagaz y astuto policía rural...

Este los esperaba en un recodo del camino...

Y cuando lo divisó el honrado ranchero exclamó:

—¡Santo cielo! ¿Qué ven mis ojos? ¿La realidad o una alucinación? ¿No es ese el hombre de cuya muerte me acusaban mis enemigos?

—Sí—se apresuró a confesar John Monroe—, ese es el guarda rural que fingióse muerto para desan- mascarar de una vez y para siempre a la cuadrilla de ladrones de ganado que, de un tiempo, tienen aho-



... se queda mirando con extrema atención...

rradas a todas las personas honradas...

Y esa estratagema va a tener el más completo éxito.

Difícil nos sería expresar la alegría y la gratitud que invadieron el noble corazón del padre de María.

VIII

Mientras el *sherif* y Dale Monroe se dirigían a la población donde aquél residía en busca de las fuerzas necesarias para llevar a cabo la captura de los culpables, éstos celebraban un conciliábulo en el rancho de Beal.

Todos estaban furiosamente arrepentidos de haber soltado su presa, y sobre todo de no haber obrado con fulminante rapidez ahorcando a Wells.

De pronto, la estentórea voz de Muller comenzó a decir:

— ¡Todavía estamos a tiempo de enmendar nuestra cobardía y nuestra torpeza! ¿De qué modo? ¿Aporrándonos otra vez de Wells! Indudablemente éste se halla ya en su rancho, satisfecho y sonfiado, libre de todo peligro. ¡Pues bien, demostrémosle su error! ¡Ira del cielo! ¡Seríamos todos un hato de pelones sin agallas si dejásemos las cosas como quiere el *sherif*!

Estas furiosas palabras fueron acogidas con vehementes señales de entusiasmo.

— ¡Ha marcha! ¡Al rancho de Wells! — gritó Muller. — ¡Y apenas lo tengamos de nuevo en nuestro poder lo ahorcaremos de un árbol de su propia finca!

Diez minutos más tarde, una docena de jinetes galopaban hacia el rancho de Wells.

Su propietario, siguiendo los consejos del prudente John Monroe, ya que no los impulsos de su corazón, tan bravo como honrado, se abste-

tuvo de presentarse ante aquella pequeña horda de facinerosos.

Su hija Marta, digna hija del hecho, se encargó de salir al encuentro de los enemigos de su padre.

Y cuando éstos declararon por qué causa y culpa lo buscaban, irguiéndose, exclamó:

— ¡Mienten ustedes! ¡Eso es una calumnia, una infamia! ¡Mi padre es el hombre más honrado del mundo!

— ¿Dónde está? — preguntó Beal con las pupilas inflamadas de odio.

— ¡Con el *sherif* Harley! — respondió John Monroe, que se hallaba presente en aquella entrevista.

— ¡Ah! ¡En vano intentará el *sherif* arrebatarnos nuestra presa!

Un rumor de galopar de caballos que aumentaba por momentos llegó a los oídos de Marta y de sus aborrecidos visitantes.

Y atisbando al través del porche una alameda, exclamó:

— ¡Ahí está el *sherif*!

Era verdad; pero no se acercaba solo sino acompañado de cinco delegados y del valeroso policía rural.

Al ver a éste, los enemigos de Wells palidecieron densamente.

— ¡Tranquiliícese, señores! Dale Monroe no es un aparecido, un fantasma. No es tampoco la supuesta víctima del señor Harry Wells. Es un policía rural en carne y hueso, un policía capaz de descubrir y cazar a ladrones de ganado, tan co-

nocidos y los amigos de Muller y de Beal.

Estas declaraciones originaron una especie de tumulto. Algunos cómplices hicieron ademán de huir.

Pero la voz imperiosa del *sheriff* ordenó:

—;Brazos en alto y que nadie se mueva!

Obedecido y cumplido este mandato, Monroe comenzó a decir:

—Voy a demostrarles a ustedes, señores Muller y Beal, que un modesto policía rural es capaz de descubrir y cazar a unos forajidos tan audaces, astutos y peligrosos como ustedes.

«Acusaron falsamente al señor

Harry Wells de haberme asesinado, y quien quiso exterminarme fué usted, infame Muller.

«Ahora yo les acuso a ustedes de robar ganado y tengo pruebas convincentes y aplastantes que lo demuestran...

—;Quedáis todos detenidos en nombre de la ley!—declaró el *sheriff*.

Quedó así en salvo el honor, la vida y la hacienda del ranchero Wells, gracias a la astucia y bravura del policía rural... y ¡qué menos podía hacer la bella María que recompensar con su amor al arrogante y guapo salvador de su padre?

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

ARMANDO GRESCA

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cta. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- | | |
|-------------------------------|------------------------------|
| 1. El huracán de Texas. | 15. La ley del revólver. |
| 2. Contra viento y marea | 16. El «Guapo del rancho 8.» |
| 3. El valle del misterio. | 17. Los falsificadores. |
| 4. El rey de los jinetes. | 18. Un novio con buenos pu- |
| 5. Los puños de Tom Tyler. | ños. |
| 6. Los lobos del Far-West. | 19. Veloz como el rayo. |
| 7. La ley del tortazo. | 20. Perdido en el desierto. |
| 8. El culpable. | 21. Los cuatreros. |
| 9. De señorito a vaquero. | 22. Tom y su cuadrilla. |
| 10. El «Gavilán de la Pra- | 23. Por defender a una mu- |
| deras». | jer. |
| 11. Ladrones de ganado. | 24. El fantasma del rancho. |
| 12. El valiente. | 25. De cara a la muerte. |
| 13. El «Pirata del Desierto». | 26. Buscando la revancha. |
| 14. El crimen ignorado. | |

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colecciona usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 18 - BARCELONA.

Imprentas gráficas VECCHI - Rocafort, 225. - Barcelona